

Creación y crítica

Escribe: FLAVIO DE CASTRO

La poesía ignorada y olvidada, el último libro de Jorge Zalamea, reconcilia, insular y ejemplarmente, con la modestísima *vida cultural* colombiana.

Mientras la "literatura de recortes" —artículos periodísticos, cada uno de los cuales está muy lejos del ensayo; notas de viaje en cuyo texto los autores no pueden sustraerse casi nunca al mareo geográfico del "nuevo rico"; discursos de ocasión y charlas sociológicas o pseudo-económicas que acaso pudieron tener alguna influencia al calor del banquete respectivo— mientras esa "literatura" llena volúmenes y colecciones y pugna —bien administrada— por imponerse como obra nueva, armónica y hasta doctrinaria, algunos colombianos —muy pocos— atienden con tenacidad a su vocación de escritores, al difícil y oneroso oficio literario, a las extenuantes tareas de investigación y creación.

Hombres maduros, cuya frescura intelectual les ha permitido moverse airoosamente en el campo de las ideas, y hombres de frescos años, hasta cuya madurez intelectual no alcanza la doble venda del *culteranismo* y el *academismo* que tantas vocaciones han frustrado, están librando un buen combate por que cesen las depredaciones de la barbarie cultural y por que la hojarasca no sepulte las posibilidades creativas del país. Un combate tan desigual como hermoso, y que descubre el secreto del lento aunque incesante avance cultural: los "hunos" poseen medios económicos, publicitarios, laudatorios, y como manejan o co-manejan el girasol luminoso de ese conjunto, alumbran y apenumbrian donde quieren y cuando quieren. Los otros carecen de ese aparato —y de poseerlo no podrían moverlo en forma semejante— pero tienen, en cambio, juicio certero y liberado, vida, movimiento: en suma, el *poder de creación*, que no se adquiere mediante la discutible "ciencia" de las relaciones públicas y la propaganda, sino por la fuerza inmedible e intemporal que naturalmente genera.

Las presentes y las futuras generaciones, y hasta los espíritus de los creadores regresados al polvo —dicho sea así en homenaje a la terminología-clisé de las academias...— tienen, pues, que agradecer a los últimamente aludidos el rescate paulatino de la *Colombia cultural*, que no puede ser, que definitivamente no es *eso* apestante a acróstico y a intelectualismo, como tantos pretenden aún que lo sea.

Frente al estupendo ensayo de X-504 sobre Silva —valga el ejemplo— surgen los simples recordatorios de un ateneo que se quedó asido al serenaterismo estético. Frente también a la disección razonada que Valencia Goelkel y, en algunos casos, Alfredo Iriarte y Gonzalo Arango, han hecho a la cadaverina de nuestro olimpo vivo y sepultado, en un quirófano que tiene la forma y el tamaño del *país culto*, se intenta a diario la levitación de unas obras escritas debajo de la cama, absolutamente parroquiales y de compadrazgo, y se pretende —¡todavía!— presentarlas como logros de la inteligencia universal y como aire para los espíritus jóvenes que milagrosamente respiran aún en semejante ambiente.

El país tiene que sacudirse del todo ese polvo de “inmortalidad” académica en que los sedicentes depositarios, intérpretes, herederos y monopolistas de su cultura —llamémosla así— han pugnado con tamaña decisión por sepultarlo. No se exagera. En estos tiempos de tan nuevas luces —algunas de ellas rescatadas de un olvido o de una ignorancia de siglos— muy pocos son los escritores colombianos que no confunden —para su comodidad— la creación y la investigación literarias con lo simplemente anecdótico, o con el patrioterismo cultural, o con la sicología sensiblera, o con la sociología en serie, o con todo junto. Por eso la diferencia entre “hunos” y otros surge tan espontánea y claramente; y por eso, como se dijo al comienzo, son tan pocas las obras colombianas que cubren la deuda de nuestra pobreza intelectual.

Así, mientras Jorge Zalamea gana otro premio internacional frente a un jurado exigente y a una participación selecta, con su *Poesía ignorada y olvidada*; mientras el autor camina por los pueblos de todas las épocas y todas las regiones, se introduce en sus almas, pulsa sus fibras estéticas, hurga en el aislacionismo, en la miseria física y en el esclavismo multi-forme hasta encontrar la chispa del genio, la rebelión inmediata y la metafísica, la llama de la creación en espíritus tan apartados, combatidos y sojuzgados; mientras descorre el velo tendido por milenios y centurias y por la crueldad evolutiva del hombre, la *alta cultura* colombiana —con otras excepciones tan escasas que no es preciso enumerarlas— se limita a ponerle fechas y a darle motivaciones cursis a la creación humana y a convertir las pocas hojas literarias de que se dispone en una especie de crónica social pobretona e intrascendente que nos exhibe ante los demás como un pueblo anecdótico, superficial y cositero. Es sistemático el desentierro de personajes y hechos parroquiales y de alcoba con los cuales el laudado de turno cometió, como una travesura juvenil cualquiera, un soneto o una quintilla o una epístola sin importancia definidora o antológica alguna. Y toda esa *crítica* se repite hasta el lugar común y se escribe como sobre un espejo por el narcisismo del autor. Así, valga otro ejemplo, cuando Darío “cumple un año más” (los grandes estetas no tienen en verdad aniversario fúnebre) lo identifican invariablemente con lo más ramplón y doméstico de su obra, porque eso les parece humanísimo y humanístico. Y de los nuestros, Silva y Barba han sido también víctimas periódicas de ese correveidilismo crítico, de esas interpretaciones morbosas de café.

* * *

Jorge Zalamea pertenece a esa minoría excelsa que no camina, que no podría hacerlo ni necesita hacerlo, sobre la línea de menor resistencia. Es, realmente, un escritor: sabe su oficio, lo desempeña, lo sufre y lo ama, lo mantiene en clima siempre fresco, siempre vital, siempre actual, cualquiera que sea el tema que lo ocupe.

Por eso surge espontánea su afirmación inicial de su última obra: "En poesía no hay pueblos subdesarrollados". Y por eso consigue revivir lo que parecía muerto; y logra redescubrir lo que parecía sepultado sin remedio; y puede hacer justicia estética a cuanto parecía condenado sin apelación posible. No cumple un trabajo frío de exhumación sino un prodigio de resurrección: a través de los tiempos, de los mitos y de los misterios, de la angustia, la interrogación y el goce; a través de las razas extinguidas, languidecentes o que apenas empiezan a despertar de su sueño forzoso y forzado, hay más vida que agonía, más calor humano que caducidad, más permanencia que helado y prescrito testimonio.

Zalamea no ha tomado notas de viajero a quienes las sirenas del transporte acosan y limitan, en esa su travesía fantástica de uno a otro confín del orbe: ha sido la suya una expedición pausada por las almas colectivas, en pos de sus íntimas fuerzas y de los lazos invisibles que las unen a otras desde los polos hasta las mesetas andinas. Despierta a los mayas y a los cazadores pielesrojas, como habla con los guerreros ignotos y participa de las supersticiones de los pigmeos africanos; escucha a los esquimales que se arropan con silencios en su larga noche, como trota con los beduinos y advierte que en sus ojos no brillan solamente la tenacidad y el combate, sino mucho más hondo todavía, la ternura por la belleza; a cámara lenta, en saltos de miles de años y kilómetros, anuda el *mensaje* poético de los pueblos más disímiles o señala los profundos abismos que entre algunos existieron y existen en la concepción de la vida y de la muerte; y desechando el fácil folclorismo y la endeblez de la monografía por encargo, consigue desentrañar la verdad de esas voces y hallarles su auténtica dimensión espiritual.

No es el de Zalamea el empeño casi mecánico del roedor de archivos, entre morbosos y especulador; ni el del enciclopedista superficial y memorioso; ni el del escribidor sobre la marcha. Sino el trabajo no tanto tras la gema como tras la razón de su luz y la magnitud de sus proyecciones. Es la revaluación de lo aparentemente anacrónico, que no siempre es lo viejo, y que a veces lo es menos cuando innumerables días y anchas distancias lo han mantenido oculto, puro, incontaminado. Podría afirmarse, pues, en principio, que "nada es anacrónico por cuanto todo sirve": en principio, porque esa afirmación solo es posible cuando se produce el hallazgo de la madurez oculta entre las "zarzas del tiempo" o entre olvidos geológicos o ignorancias acomodaticias y crueles. El primitivismo, o lo que hemos dado en llamar así más por razones cronológicas que por comprobaciones estéticas, también se revalúa en un libro que, como este, no ha nacido de la curiosidad ociosa sino del tránsito de la sorpresa al asombro, en la gran aventura de la inteligencia humana. En síntesis: dar nueva vida, sacar a la lumbre actual la luz oculta, disipar las lobregueces de hoy con las luminosidades desconocidas, he ahí un empeño parejamente difícil y hermoso.

Los mundos ignotos y los mundos olvidados, utilitarísticamente algunas veces, de la poesía, se redescubren entonces gracias a la mano maestra de Zalamea, y sus pueblos gritan una rebeldía múltiple y un amor también múltiple y también intemporal. Pero el autor no apela a un universalismo pedante y absurdo para pretender nivelar las manifestaciones espirituales que ha investigado: sabe él que cada circunstancia, sobre todo cuando se trata de la cultura, conlleva su propia medida, si no exacta sí de dimensión casi única. En cambio tiende un puente entre las culturas, precisamente para destacar la importancia de aquellas —las *bárbaras* en este caso— de las cuales como resultado podría afirmarse que son más fieles a su circunstancia, más comprometida según se dice ahora, y por ello más asombrosamente universales.

Gracias a ese puente, nos ratifica la milagrosa comunicación del hombre, su universalidad tácita, su identificación, aun cuando es mayor el abismo físico, más alta la valla cronológica, peor la diferencia social y aparentemente más lejanas las identidades anímicas.

El hombre, así el que habita los polos como el del desierto calcinado; así el negrillo del corazón del Africa como el que languidece en nuestro sur selvático; así el testigo de antiquísimas sociedades como el que pugna desde la miseria y el aislamiento frente a los contrasentidos de la civilización actual; todos aquellos a quienes el subdesarrollo generalmente impuesto les ha dado marcha atrás en su reloj vivencial; el hombre, repetimos, establece, gracias a las creaciones del espíritu un contacto que sorprende más cuando entre una y otra obra hay saldo de siglos. Filosóficamente sorprendería menos, ante el simple enunciado de que perduran la interrogación y la angustia: todos los terrores que infundía la naturaleza desbocada, contra los cuales hay ahora recursos más amplios, han dado paso, sin embargo, al pánico por el desafío de la misma naturaleza, representado en la violación del átomo desintegrador; la curiosidad y las necesidades que condujeron al descubrimiento del fuego y de la rueda o a explorar el río salvaje que bañaba la aldea del ayer, se remontan ahora hacia el espacio sideral y descenden en busca de nuevas perspectivas de vida hasta el fondo de los mares; y aunque las respuestas hayan surgido raudas o hayan sido arrancadas difícilmente en procesos mentales extenuantes, hoy como ayer y como mañana la búsqueda será el trabajo del hombre. Búsqueda más afanosa y cruel y al propio tiempo más vivificante, cuanto más interior sea, cuanto más ahonde en el alma, en la mente, cuanto más el hombre no quiera ser paralelamente el puerto del zarpe y del regreso tras de una parábola simple.

En su expedición liberadora Zalamea avanza con los creadores inanimados y los soldados desconocidos de la eterna batalla humana contra lo objetivo y lo ignoto. Contra el sadismo "civilizador", contra el aplastamiento de unos pueblos por otros, contra la andanada de vocablos justificadores —*bárbaros, primitivos, salvajes*— Zalamea sienta la premisa vindicativa: "En poesía no hay pueblos subdesarrollados". Y cita obras maestras, chispas de genio que se anticiparon edades completas al sedicente vanguardismo de épocas posteriores, y que en muchos casos no necesitaron de la escritura para quedar grabadas indeleblemente: lo fueron sobre el

cielo, como todos los relámpagos; o sobre el paisaje, como toda luz y toda sombra; o sobre el espíritu, como toda interrogación, toda verdad, toda belleza. Aquella premisa de Zalamea, como él mismo lo dice, “seguramente no aliviará a los gobernantes, a los hombres de empresa y a las masas que soportan la dura carga del subdesarrollo técnico y económico; pero acaso esos mismos pueblos y desde luego sus hombres de cultura, hallen una especie de modesta revancha espiritual”. Sí: el subdesarrollo no ha sido más que la *sobrevaloración* de los *valores* generales de una *civilización* determinada, con el parejo y calculado olvido o la estudiada ignorancia de la germinación cultural en medios y razas sobre cuya destrucción o su ostracismo se asentaron los imperios como ahora se asientan los grandes y fríos intereses modernos.

Nada mejor, pues, para comprobarlo, que acompañar siquiera brevemente a Zalamea en su exploración estética. Mucho antes de Pascal “el eterno silencio de los espacios infinitos me aterra” —nos recuerda el autor colombiano— un pielroja iroquí imprecaba:

(.....)
“Que vengan y nos muestren el camino,
pues la noche se ha hecho inamistosa.
Cierra sus párpados la noche.
Nos ha olvidado la luna.
Y esperamos en la oscuridad”.

Y un cantor algonquino del Canadá, “parece responder a la desolación pascaliana del iroquí con estos versos que fácilmente traen a nuestra memoria la alegría dionisiaca de algunas páginas de Federico Nietzsche”:

(.....)
“Cantamos por encima del cielo.
Nuestra luz es una voz.
Abrimos una ruta a los espíritus
para que pasen los espíritus.
Entre nosotros, tres cazadores
cazan un oso.
Jamás hubo tiempo
en que no lo cazasen.
Despreciamos a las montañas.
Y este es el canto de las estrellas”.

Nos conduce luego el autor por las tribus *pima*, *navaja*, *cheroquí*, *sioux*, cuyos poetas cantaron al amor, al caballo guerrero “allá lejos levanta polvareda de estrellas” a la magia contra el asesino de sus hermanos. “Ya se marchita tu alma: ¡se torna azul!” a la violencia, al odio y su inutilidad; al regreso tras de la batalla.

Después, en el Africa ecuatorial, la invocación contra el veneno: “La flecha es como la mujer encinta: apetece la carne”. Y allí mismo, en el Congo, los pigmeos o negrillos tan aparentemente débiles de cuerpo como sorprendentemente imaginativos, celebran la victoria de sus mensajes sobre la tempestad:

(.....)

*“Y emprendió la fuga
el trueno matador de hombres
como el antílope ante la pantera.
Y emprendió la fuga,
¡Arcoiris, Arcoiris!*

*Arco poderoso del cazador de arriba,
del cazador que persigue el rebaño de las nubes
como a una manada de elefantes espantados:
Arcoiris, dile nuestra gratitud”.*

Creación auténtica, no el simple relato de lo que perciben los sentidos. Formas poéticas, como las citadas y como las que en seguida transcribiremos fragmentariamente, cuya consistencia estética ha resistido los saqueos y los olvidos; y, sobre todo, el misterio de la comunión del hombre, continentes, mares, siglos de por medio:

(.....)

*“A los espectros de la noche,
díme: ¿quién los ha visto?”*

* * *

(.....)

*“La cigarra se calla,
encerrando su canción rechinante”.*

* * *

(.....)

*“¡Cazador de elefantes, toma tu arco!
La vianda está ante tí,
el trozo enorme de vianda,
la vianda que anda como una colina”*

(Pigmeos)

(.....)

*“¡Ven y reduce la desgracia a nada!
¡Espíritu del aire,
ven, ven pronto!
Veo acercarse los perros de la aurora.
¡Atrás, atrás: si no quereis que os unza a mi trineo!”*

(Esquimales)

Zalamea divide su obra así: “Magia y poesía” (capítulos I y II); “Rito y poesía”, “Mito y poesía”, “Flora de varia poesía”, “La poesía ceremonial”, “Profecía y poesía”, “El cántico por excelencia”, “Un no sé qué que queda balbuciendo”, “La poesía elogiosa de Saint-John Perse”, “De Salomón A. Perse”. Los dos últimos capítulos fueron incorporados a la edición colombiana, es decir, que solo los anteriores —sin duda los más valiosos como trabajo de investigación y los más sorprendentes como con-

creción de hallazgos estéticos y de enlaces entre culturas, razas y subrazas dispersas en el tiempo y en el espacio físico— configuran el volumen con el cual Zalamea obtuvo el “Premio Casa de las Américas”.

Deliberadamente no incluimos en la enumeración el IV capítulo —“El guía hace una pausa”— donde Zalamea destaca el aún débil movimiento que en Colombia pide dosis de culturas distintas a las comprobadamente inocuas y anodinas, estupefacientes y retardatorias que la petulancia y la ignorancia y la ineficacia de las organizaciones culturales privadas y públicas han venido suministrando ante la casi total indefensión del país. Ya decíamos al comienzo: esa no puede ser, no es, la Colombia cultural. Si necesita ser liberada es porque existe.

Zalamea se refiere a ese fenómeno emancipador y renovador en el capítulo aludido:

(..)*“Me refiero a un movimiento, todavía incierto, pero dentro del cual es ya evidente que mis compatriotas buscan una revisión de conceptos, un cambio de sistemas y estructuras, una modificación de la ruta que hasta ahora hemos seguido, unas veces por presión y otras por conformismo. De la misma manera que vastos sectores colombianos, todavía dentro de una niebla de perjuicios y un motín de instintos y sentimientos heredados, piden un nuevo contrato social, también en la cultura quieren algo distinto a lo que se les suministra bajo ese rótulo. Las gentes fatigadas de oír, desde hace tantos años, los ecos infinitamente repetidos y cada vez más débiles de la poesía de Juan Ramón Jiménez, de Federico García Lorca o de Pablo Neruda se abren hoy fácilmente a toda voz distinta, por bárbara que parezca, por insólita que suene, por remotos que sean sus orígenes en el tiempo o en el espacio”* (..).

Y como sería imposible seguir al maestro en un simple artículo periodístico —así se cuente con el amplio criterio de renovación cultural que Jaime Duarte French le ha impreso a este *Boletín* solo agregaremos que, sin temor sino más bien con el íntimo deseo de incurrir nosotros en alguna repetición, el libro de Zalamea recoge, además de lo degustado y lo insinuado, la rebeldía contra la muerte a través de la magia, y la autodefensa individual y colectiva que los pueblos han confiado al rito, aun más allá de la tumba. Y que nos pasea por el Putumayo y el Darién colombianos, por los campos aztecas y mayas y dominios de los incas, el encantado mundo árabe, la Abisinia de marfil y de ónix, la Malasia de tan variado ancestro, unas veces del brazo de la poesía épica, otras de la mano futurista de la poesía de vaticinio, algunas más en el cortejo del poema ceremonial, y, siempre, en alguna forma, sumados al coro del canto de amor.

Y ya era hora de que esto ocurriese para impulsar la construcción de nuevos caminos —con materiales estéticos tan probados como los que precedieron a los alfabetos, y como los más recientes, que siguen la marcha vertiginosa del mundo y tratan siempre de anticipársele para que no sean tantas la indefensión y la angustia del hombre hacia la incorporación del país a una cultura auténtica por lo universal, creciente por lo dinámica, respetable por lo liberada, y, en suma, invicta por lo comprometida con la verdad y la belleza y con quienes han de recibir el bautismo en sus aguas probáticas.